

El símbolo del silencio

José Alejandro Cantalops Vázquez



El símbolo del silencio

Por:

José Alejandro Cantalops Vázquez

Capítulo 1

1

La llegada del Guardián me tomó desprevenida.

Lo había estado esperando desde el amanecer, sentada frente a la reja que dividía el patio. Pero me había quedado distraída observando como la luz descendía por los muros y hacía retroceder las sombras. Esta casi había alcanzado el suelo cuando el patio se llenó con el olor a incienso que precedía al mago.

Me levanté mientras el portal se abría al otro lado de la reja, sacudiéndome la suciedad que podía manchar mi túnica. Era la misma ropa de siempre, pero quería que pareciese cuidada y limpia.

El Guardián emergió del portal seguido por un joven pálido, de expresión derrotada y que debía tener más o menos mi edad, unos veintitantos años. Me llamó la atención el contraste de su semblante pálido y su figura esbelta con la del Guardián: alto, trigueño y con el cuerpo atlético lleno de tatuajes. La túnica gris de mangas cortas que usaba el muchacho apenas ocultaba un mar quemaduras que sólo parecían haber perdonado sus manos y su rostro.

Aquel no era el compañero que esperaba. Demasiado viejo para ser el graduado de la escuela de escribanos que sustituiría al viejo Zuhar.

Pero, lo más extraño de todo, era el tatuaje en el cuello del muchacho. Mucho más complejo que cualquier otro que hubiese visto en alguien que no fuese un mago: un par de círculos gemelos a ambos lados del cuello que se unían mediante trazos llenos de espirales en cuyos espacios florecían pequeñas figuras geométricas y letras estilizadas. En el suyo podía reconocer el tatuaje de mi profesión, pero ahogado en una vorágine de formas y letras que formaban nuevos pactos.

Dejé mis especulaciones a un lado y me incliné ante el Guardián, que había cerrado el portal. Este indicó que me acercara y eso hice, hasta quedar frente a la reja.

—Isa, este será tu nuevo compañero de trabajo —dijo—. Su nombre es Karim y ocupará el puesto de Zuhar, aunque primero tendrás que enseñarle el oficio.

Mis manos estuvieron a punto de esbozar un “por qué,” pero las detuve. No era lo correcto. Aunque eso no evitó que formularan otra pregunta:

“¿Cómo, mi señor?”

El Guardián analizó la pregunta en mis manos y frunció el ceño. Solo cuando alzó la mirada se dio cuenta del problema: la reja mágica. Sin decir nada, se acercó a los barrotes, activando los tatuajes azules y amarillos de sus brazos, junto con uno naranja en su cuello que comenzaron a brillar. Alzó el índice derecho y lo usó para trazar un rectángulo en el aire. Luego, hubo una explosión de luz.

Mientras parpadeaba para recuperarme, noté, primero borrosamente y luego con más claridad, que había aparecido una puerta entre los barrotes. Estuve con la boca abierta durante unos instantes, antes de recuperar la compostura y hacer una inclinación de agradecimiento.

—Ven —ordenó el Guardián, y al dar el primer paso, la puerta se abrió y cerró sola cuando la atravesé—. El hechizo durará tres semanas y la puerta se abrirá desde el amanecer hasta media mañana, cuando volverá a cerrarse hasta el día siguiente. Durante ese tiempo deberás enseñarle a Karim lo que debe hacer —puso una mano sobre el hombro del muchacho y este hizo una mueca—. Es inteligente y estoy seguro de que aprenderá rápido, pero si causa algún problema, envía una nota y vendré a corregir su comportamiento. ¿Has comprendido?

“Por supuesto, mi señor,” respondí, articulando con mis manos las palabras correctas.

—Una última advertencia: si no regresas antes de la media mañana te quedarás atrapada de este lado del patio y eso no evitará que la compulsión del tatuaje se active. Y, sabes muy bien, lo que sucederá si la compulsión se alarga demasiado. Así que evita arriesgarte, no quiero recoger otro cadáver este mes.

No pude evitar tocarme el tatuaje. Sabía muy bien que el encantamiento intentaría llevarme de vuelta a mi escritorio cuando llegaran los mensajes que debían ser cifrados. Pero, con la reja de por medio, el hechizo haría que mi cuerpo la golpeará una y otra vez. Nunca podría atravesarla, pero la compulsión seguiría empujando mi cuerpo hasta que muriera.

“No lo olvidaré, mi señor.”

—Espero que así sea.

Esta última frase la dijo mirando Karim, quien sostuvo su mirada sin inmutarse, el desafío en sus puños apretados. Durante un momento pensé que intentaría atacarlo, pero, al final, sus manos se relajaron y apartó la vista.

El Guardián sonrió mostrando sus grandes dientes. Los tatuajes de su pecho resplandecieron bajo su ropa y abrió un nuevo portal. El olor a incienso vino y se fue con él. Miré a mi nuevo compañero, quien seguía mirando el lugar donde había estado el mago. Su odio era otro elemento que sumar al misterio que había a su alrededor.

La línea de luz a mi lado del patio había avanzado un par de pasos sobre el césped. Hice un cálculo rápido sobre cuánto tiempo me quedaba hasta la media mañana y comprendí que tenía suficiente para enseñarle lo básico averiguar y qué tanto sabía sobre el oficio.

Chasqué los dedos para llamar su atención y me miró confuso, como si acabara de darse cuenta de que no estaba solo. Movié los labios, pero de su boca no salió ningún sonido.

“Es el tatuaje, te impone un voto de silencio y obediencia,” respondí con las manos. “Es lo primero que te enseñan en la escuela de escribanos.”

Siguió los gestos de mis manos con la vista, moviendo los labios para darles un significado. Recordaba haber hecho lo mismo cuando era una aprendiz y todavía no dominaba el lenguaje de señas de la corte.

“Lo sé... simplemente... lo olvidé,” su respuesta fue torpe. Muchas de las posiciones de sus dedos estaban mal. Necesitaba mucha práctica, pero al menos no tenía que empezar desde cero con este aspecto de su enseñanza.

“Ven conmigo,” le ordené, tomando su mano.

Habían pasado meses desde que había tocado a otra persona. La piel de la mano de Karim era suave. Aquello me hizo recordar que al viejo Zuhar no le gustaba demasiado el contacto físico. Tiré de su mano, pero no se movió.

“No... quiero... aprender,” respondió con la mano libre.

Intentó librarse de mi agarre con un tirón, pero no lo solté.

“No me importa lo que quieras. Lo harás, el Guardián me ha asignado esa tarea y la cumpliré.”

“Por qué... no lo... llamas por... su nombre... no es... un Guardián.” La posición de sus dedos mejoraba rápidamente y casi podía hacer dos gestos sin pararse a pensar.

“Llamar a un numerado por su nombre es algo tonto. Además, aunque este sea tu castigo, estoy segura de que pudo haber sido peor. Siempre

puede ser peor que estar aquí.”

Su rostro enrojeció. Había pasado tanto tiempo desde que veía aquella reacción en otra persona que no pude evitar suavizar mi expresión.

“Aquí no tiene sentido ser rebelde. Solo estamos nosotros y nuestra tarea.”

Su expresión se relajó y esbocé una sonrisa para acabar con su reticencia. Volví a tirar de su mano y, esta vez, no se resistió.

Abrí la puerta de la antigua habitación de Zuhar y, excepto por la ropa masculina desperdigada sobre la cama era una copia exacta la mía. Allí, le expliqué que esta sería su residencia durante el resto de su vida, su puesto de trabajo y su hogar.

También le ofrecí una descripción detallada de los objetos que contenía el cuarto. La cama y la alacena donde aparecería la comida tres veces al día. Aparté la única cortina que había en el interior y le mostré la letrina, junto con un pequeño lavadero para la ropa y una gran tinaja donde se guardaba el agua limpia para beber.

Karim no hizo ninguna pregunta, solo asintió con la cabeza mientras le enseñaba el resto de los pequeños objetos que conformaban la habitación. Una vez terminé de hacerlo, me senté frente al escritorio que había frente a la ventana de cristal por la que entraba la luz que iluminaba el cuarto. A través de ella sólo se veían nubes largas, que ocultaban un paisaje distante, no muy diferente al que podía verse desde la mía.

Señalé los dos estantes teleportadores que había sobre la mesa y comencé a explicarle en qué consistía nuestra labor.

“Como escribanos del emperador Kardas, somos los encargados de cifrar los mensajes y órdenes más importantes del imperio sario. El proceso comienza cuando llegan los mensajes.” Puse la mano sobre el estante de la izquierda. “Junto cada mensaje llega un código de cifrado,” seguí diciendo, mientras me sentaba y abría el estante señalado, que, obviamente, estaba vacío. Pero para continuar la mímica de mi rutina de trabajo, hice como si sacara un fajo de papeles. “Tomas los mensajes y lees el código, ¿sabes interpretar un código?”

“Puedo aprenderlo.” Respondió desde la cama, donde se había sentado a mirarme.

“Bien, mañana traeré uno viejo para que practiques. Pero, en esencia, hay tres tipos de mensajes con sus respectivos tipos de cifrado, pero eso te lo explicaré con más detalle a medida que te los vaya enseñando. Una vez que has identificado qué cifrado lleva cada mensaje, tomas una hoja en

blanco y lo transcribes.” Saqué una hoja de las gavetas inferiores, tomé una pluma, la mojé en tinta y escribí una frase aleatoria. “Si te equivocas, manchas, tachas o la ensucias de alguna manera, desechas el papel dentro del cubo incinerador y comienzas de nuevo.” Estrujé la hoja y la lancé dentro del cubo metálico y lleno de runas que había en el suelo, donde comenzó a arder. “Cuando termines con todo el fajo de mensajes, abres el estante de la derecha, los pones dentro y lo cierras.” Completé la mímica, abriendo el estante de la derecha, dejando la carga de mensajes invisibles y volviéndolo a cerrar.

“Algunos días habrá más trabajo que otros, pero nunca habrá trabajo después del anochecer, debido a que ese trabajo lo asume otro grupo de escribanos. El tiempo que tengas libre lo puedes aprovechar descansando afuera o aquí, Cuando lleguen nuevos mensajes, sonará la campana, “la señalé, colgaba del marco de la puerta.” Mientras más tardes en sentarte frente al escritorio, la compulsión del tatuaje se hará más y más intensa, hasta el punto de tomar el control de tu cuerpo e intentar traerte de regreso a la habitación. Mi recomendación es que no te resistas, tu tatuaje es diferente al mío y no sé qué otra instrucción podrían haber incluido.”

Se tocó el tatuaje.

“No... he podido... mirármelo.”

“¿Sabes interpretarlos?”

“Sí.”

Aquella confesión aclaró algunas de mis interrogantes, pero no me apresuré a sacar conclusiones. Todavía era demasiado pronto para hablar de secretos. Miré a través de la puerta de la habitación y noté que la luz del sol en el patio indicaba que la media mañana no estaba lejos: debía irme.

Me levanté de la mesa y me despedí con un gesto de la mano, tenía que apresurarme. Pero, cuando pasé a su lado, me sujetó el brazo.

“Espera un momento.” Dijo con su mano libre, y un instante después, fue hasta el escritorio. La advertencia del Guardián resonó dentro de mi cabeza, apenas lo conocía para arriesgarme a quedar atrapada. Pero, quizás, había calculado mal el tiempo y podía permitirme esperar un poco más. Karim tomó una hoja de papel y escribió algo rápidamente, luego, me la entregó con una sonrisa enmarcada por su pelo rizado.

Disculpa mi comportamiento. Todavía sigo molesto por lo que me hicieron y te agradezco que no hayas hecho preguntas. Después te contaré mi

historia, debido a que me gustaría que fuésemos amigos, Isa.

Tenía una letra bonita y se había sentido bien rozar su mano al entregarme el papel. Sin embargo, me regalé, ahora no tenía tiempo para pensar en eso, el sol seguía avanzando y debía regresar a mi habitación. Le devolví la sonrisa y esboqué con las manos un: "nos vemos mañana."

Atravesé corriendo la reja del patio y, antes de que hubiera dado diez zancadas, la campana de mi habitación comenzó a sonar. Entré al cuarto sudando y aunque la cantidad de mensajes acumulados dentro del estante era inmensa, no me sentí preocupada. No ahora que aquel muchacho había prometido contarme su historia.

Capítulo 2

2

Hoy terminaban las tres semanas que me había otorgado el Guardián para enseñarle los rudimentos del cifrado y la escribanía a Karim. Y, ahora, mientras lo veía reclinado sobre el escritorio, trabajando en el cifrado de varios mensajes, se reafirmó en mi interior la sensación de que extrañaría estas semanas.

Karim había aprendido con facilidad las técnicas que usábamos con cada tipo de mensaje: los anagramas, para los mensajes simples, los formaba con una velocidad increíble. La combinación de transposición con sustitución simple de caracteres fue algo que dominó en un par de días. Mientras que la única técnica que le había dado trabajo fue la tabla para cifrar, algo que solucioné haciéndolo practicar con ella durante una semana.

Todo aquello no hizo más que confirmar mi sospecha que provenía de una familia noble. Ningún campesino o ciudadano común habría podido asimilar mis torpes enseñanzas de una manera tan rápida. Además, comprendía mejor que yo las matemáticas que yacían tras la tabla de cifrar. Eso, sin contar con su prodigiosa capacidad de memorización e ingenio a la hora de crear anagramas e integrarlos con facilidad dentro de textos más grandes. También, escribía de manera hermosa y apenas se equivocaba.

Aun no me había contado nada sobre su pasado, pidiéndome que esperara un poco más. A cambio de que esperase, me pidió que le escribiera una lista de todas las cosas que yo quisiera saber sobre el mundo exterior. Sabía que como escribana, me habían aislado del mundo desde pequeña, adoctrinándome para ser fiel al emperador y a mi tarea.

Aquella propuesta me encantó, porque, tras tantos años cifrando mensajes que se enviaban a todas partes del imperio y el mundo conocido tenía ganas de saber más esos lugares que nunca llegaría a conocer. Algunos tenían nombres exóticos, otros vagamente familiares, pero pocas veces sabía algo más que sus nombres. No solo saber el cómo eran, sino sobre sus personas, su historia, su cultura, deseaba eso y mucho más. Y, aquella propuesta había despertado esos deseos olvidados.

La primera noche que comencé a leer los pliegos que había escrito para mí, estaba cansada. Había sido un día largo y aunque el dolor en la muñeca había desaparecido con el ungüento, el agotamiento me agarrotaba los brazos. Pero este desapareció en el momento que comencé a leer las respuestas que había dado a las preguntas tan vagas que le había hecho, tales como: ¿cuál había sido el lugar más extraordinario que

había visitado? ¿Cómo eran las personas del imperio? ¿Las razas no humanas eran realmente tan extrañas? Y otra decena de preguntas más propias de una niña que de una mujer en sus veintiséis años.

Decir que, Karim, tenía un don con las palabras era poco. Sus respuestas fluían como cuentos al relatarme las maravillas que había visto en la capital, con sus dos millones de habitantes que vivían a ambos lados de las márgenes del gran río Moran, dentro de cuya corriente se alzaba el palacio imperial. También me habló de la universidad mágica, de los magos y sus dispositivos, del distrito noble y el de los callejones, de las murallas protectoras y del naish mestizo que residía dentro de la ciudad.

Me describió el gran bazar donde confluían todos los mercaderes del continente para vender sus productos. Me hizo sentir que era yo quien visitaba las tiendas y contemplaba a las personas que iba a gastar su dinero. Figuras de talladas de vidrio de las provincias centrales del imperio, coloridas telas del norte, comidas de las mil y un etnias que conformaban el seno del imperio. Todo aquel mar de gente entretenido por animales salvajes, músicos y artistas callejeros, tanto al servicio del dios Sevan, como no, quienes cobraban por sus servicios en levis.

También me habló de las razas no humanas: de los etéreos naish que habitaban las montañas de Askarán y uno que otra gran ciudad; de los hanu que convivían con el océano y atacaban a todos aquellos que lo contaminaban y de los bogumila, que eran los únicos que se consideraban a sí mismos provenientes de otro mundo, tan ajenos, tan similares y tan adelantados a nosotros que podías creer en sus afirmaciones.

A pesar del cansancio, releí el texto hasta que me quedé dormida, soñando con aquellas maravillas. Al otro día, me levanté cansada y con ojeras, pero emocionada: ¡quería seguir leyendo sus historias y saber más sobre el mundo! Aquella lectura había provocado nuevas interrogantes y apenas podía contener las ganas de cruzar la reja para preguntarle.

Karim me recibió aquella tercera mañana con una sonrisa, feliz de que me hubieran gustado sus respuestas y que tuviera más preguntas que hacerle. Durante la mitad del tiempo que compartíamos, se limitó a anotar mis preguntas y prometió que las respondería todas en la tarde. Luego, sacó de un cajón del escritorio otro fajo de hojas.

“Para que esta noche... también puedas leer...” respondió, tras entregármelas. La posición de sus dedos era más firme y cada vez hacia menos pausas para pensar los gestos. “Aunque estas son cosas que me gustan a mí.”

Aquel día no pude enseñarle nada y cuando regresé a mi habitación me esforcé como nunca por terminar los mensajes que llegaban. Fue un día pesado, pero logré sacar tiempo suficiente para comenzar a leer durante

las pausas el nuevo fajo de historias.

En aquellos pliegos conocí sobre comidas diferentes al maíz y el arroz, a los vegetales y la carne ocasional que siempre han llegado a mi alacena. Hablaba de manjares extraños, de sabores que sus palabras transmitían a medias, pero que, de igual manera, me hacían salivar. Había transcrito los resúmenes de sus historias favoritas: viejas leyendas, obras del teatro de ilusiones de grandes maestros y una que otra historia interesante que había escuchado en sus viajes. Leí sobre la música, y aunque los nombres de los instrumentos me resultaban conocidos fui incapaz de imaginar sus melodías. Aunque logró transmitirme la sensación de que serían algo hermoso de escuchar.

Durante dos semanas y media fui cada mañana con mis preguntas y él me entregó las respuestas del día anterior. Leerlo se convirtió en una adicción y, mientras ampliaba mi visión del mundo, me daba cuenta de que, poco a poco, me estaba enamorando. Aunque no se lo dije, no ahora que íbamos a separarnos, que no podría volver a tocar su mano cuando me entregase los pliegos que escribía para mí. No ahora que regresaría a mi antigua rutina.

Karim tocó mi pierna y volví a la realidad. Había terminado los mensajes en que estaba trabajando y me los ofrecía para que los revisara. Los tomé, separé los originales y comencé a comprobarlos. No esperaba encontrar ningún error y no lo encontré.

“Solo necesitas mejorar el tiempo que tardas en cifrarlos,” respondí, devolviéndole los pliegos. “Mientras más rápido lo hagas más tiempo tendrás para descansar y no se te acumularán.”

“Gracias, has sido una buena maestra,” sus manos ya no dudaban al formar las palabras. Lanzó las hojas dentro del incinerador y abrió una gaveta del escritorio, de donde sacó un bulto de hojas escritas. “Aquí está mi historia, gracias por esperar.”

Tomé en mi mano el fajo, que debía contener más de diez pliegos y sentí como se me aceleraba el corazón. ¡Por fin, conocería su historia! y el saberlo, hacía que me sudaran las manos. Miré el patio y vi que me quedaba poco tiempo para la media mañana. No podría leerlo allí, pero quedaba tiempo suficiente como para hacer algo que si no hacía, manera me arrepentiría el resto de mi vida.

“Me hubiera gustado pasar más tiempo contigo. Hay tantas cosas de las que me hubiera gustado hablar,” tomé su mano y lo miré, hasta ver el reflejo de mi rostro en sus ojos marrones.

Sonrió y con su mano libre me dijo:

“No será la última vez.”

“¿Acaso has perdido la cuenta de los días? Hoy es el último...” detuvo mis gestos con su mano y me sacó de la habitación.

Sin decir nada, me llevó hasta la puerta de la reja del jardín.

“Ya debes haber deducido que soy un mago,” ¡lo sabía!, grité dentro de mi cabeza. Estaba tan emocionada que, a duras penas, contuve las preguntas que se formaban en mis manos y le dejé continuar. “Uno lo suficientemente bueno cómo para eliminar la restricción de este hechizo.”

Cuando terminó de esbozar la frase, se agachó y se quitó el mocasín derecho: sobre su pie había un tatuaje.

Aquello no lo esperaba. El tatuaje carecía de los colores llamativos que tenían los del Guardián, pero su forma era clara: un triángulo inscrito dentro de un círculo relleno con letras estilizadas que no podía leer.

“¿Cómo?” gesticulé con torpeza.

El me guiñó el ojo.

“He estado trabajando en ello desde que logré darle suficiente filo a una de las plumas de escribir. Es algo simple, pero servirá para lo que quiero hacer,” y, mientras lo decía, se acercó a la puerta.

Las formas del tatuaje se hicieron más oscuras hasta brillar de una manera intensa. Tocó la reja con la mano y un momento después, el brillo desapareció.

“Está hecho. Ahora podrás regresar siempre que quieras. Seguiremos teniendo el mismo límite de tiempo, pero quitarlo ahora sería llamar la atención de Ibdaler.”

No lo dejé continuar y lo besé. Estaba feliz de abrazarlo, de que estuviera allí y de que sus brazos me apretaran contra su cuerpo. El mundo desapareció y nuestros labios se convirtieron en mi única realidad.

La campana de mi habitación sonó y la compulsión tiró de mi cuerpo, separándonos. Resistí el impulso, mientras él regresaba a su cuarto y regresaba con el montón de pliegos que contenían su historia. Le di otro beso y cedí al mandato de la magia.

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

7

Karim se movió a mi lado. Intenté abrazarlo, pero ya se había ido de la cama. Tenía el pensamiento embotado y unos deseos inmensos de seguir durmiendo. Cinco jornadas con menos de cuatro campanadas de sueño al día estaban afectando mi capacidad de mantenerme despierta. El trabajo de cifrado se había duplicado con la cercanía de la invasión y, a ello tenía que sumarle, el esfuerzo de transcribir los informes y practicar el segundo modelo de patrones.

Me giré y recordé que ayer había logrado copiarlo sin equivocarme. Karim lo había comprobado y había dado su visto bueno. Me había dicho que tras unas cuantas prácticas adicionales podría tatuárselo.

Abrí un ojo y observé que por la ventana se colaban los primeros rayos de sol. Si lograba traer a Karim de vuelta me aseguraría de levantar más que su ánimo y aquel sería un buen comienzo del día. Pero lo busqué con la mirada y no lo encontré. Debía haber salido a practicar algún hechizo.

Intenté levantarme y salir a verlo, pero mi cuerpo se negó a obedecer.

Tres días atrás Karim había terminado los tatuajes de sus pies y manos. Tal y como me había prometido, lo primero que hizo con ellos fue eliminar la reja del patio, cosa que aproveché para mudarme a su habitación. Pero no pudimos celebrar mi mudanza debido a que mientras anocheceía comenzó a tener fiebre. Murmuró que debía ser una infección menor, que pasaría enseguida y entre delirios susurraba que estaba seguro de haber sumergido todas las veces la pluma de tatuar en agua hirviendo.

Pero la fiebre no remitió aquella noche ni al día siguiente.

Durante ese día trabajé como una posesa. Me llevaba sus mensajes para terminarlos en mi escritorio cuando sonaba mi campana y trataba por todos los medios de que no se mezclaran. Nunca le había rezado demasiado a la diosa Paciente o a cualquiera de sus siete vástagos, pero aquella vez le dirigí una plegaria a todas: por favor, que los retrasos no llamen la atención.

Había pasado una semana desde que decidiéramos escapar y, durante aquel momento, estuvimos a punto de fracasar. Los pequeños detalles como las demoras o algún mensaje equivocado podrían haberse convertido en nuestra condena.

Estoy segura de que los sacerdotes de cada religión se atribuirían el mérito de que fue su deidad quien respondió a mi plegaria. No me

preocupa saber cuál fue la que la que la respondió, pero, aun así, les agradecí a todas.

Cuando llegó la noche, Karim, se había recuperado.

Había vuelto a quedarme dormida cuando me despertó una sacudida.

“Levántate, Isa,” como me gustaba verlo esbozar mi nombre con sus manos. “Voy a quitarte el tatuaje del cuello.”

Aquello me despertó enseguida. Si funcionaba, ¡podría volver a hablar!

Karim mantuvo una sonrisa infantil cuando me levanté corriendo de la cama y fui a asearme. Aprovechó aquel momento para buscar los instrumentos para tatuar: la pluma especial que había creado, la tinta y el cubo de incinerar.

Con un gesto, me pidió que trajera agua del baño. Se la llevé y vertí la mitad dentro del cubo incinerador, donde comenzó a hervir. Karim, tomó la punta metálica de la pluma y la sumergió en el agua indicándome con la mano que volviera a acostarme. Sacó la pluma del agua y se sentó en el borde de la cama.

Tendida sobre el colchón, a punto de recuperar la voz, me sentí nerviosa. Karim se dio cuenta y me pasó la mano por la cabeza, luego me besó y sus ojos se concentraron en mi tatuaje. Las yemas de sus dedos exploraron mi cuello de izquierda a derecha y se detuvieron al llegar al último trazo.

Durante unos instantes, sus ojos se quedaron vidriosos, mientras sentía los latidos de mi corazón retumbando en el pecho. Cuando su mirada volvió a enfocarse su mano derecha se movió veloz y mojó la punta de la pluma en la tinta. Luego vino el primer pinchazo y el dolor.

Cuando el Guardián retocaba el hechizo con sus agujas especiales apenas sentía el pinchazo, pero con aquella herramienta improvisada, el dolor era intenso y duradero. Intenté relajarme, sabía que si me tensaba la piel se estiraría y el arreglo fallaría. El segundo pinchazo dolió lo mismo, pero me susurré que dolía menos y recité aquel mantra mientras convertía las manos en puños y hundía las uñas en la carne.

Karim trabajó con rapidez. Conté más de cien pinchazos, que se alternaron con los momentos en que tomaba un paño mojado y limpiaba el líquido que se deslizaba por mi cuello. No dejé que las manchas negras y rojas que veía de reojo me distrajeran y seguí recitando mi mantra. Hizo que girara la cabeza y realizó el mismo trabajo en el lado izquierdo. Otros cien pinchazos y el dolor perdió intensidad, hasta convertirse en una

molestia menor.

Sentí el paño caliente sobre mi cuello. La piel estaba irritada y el ardor era persistente. Karim me sacudió con delicadeza y me pidió con gestos que hablara.

La verdad es que no sabía que decir. Abrí la boca y me quedé así hasta que me animó a que dijera cualquier cosa.

—Hola, Karim.

La voz me salió ronca y no fue una gran frase, pero hablé. Sentí que los ojos se me aguaban. De repente, el ardor en mi cuello se hizo insoportable y las lágrimas fluyeron por mi rostro. Sin embargo, con la misma rapidez que vino se fue el dolor.

—Gracias, gracias por devolverme la voz —sollocé mientras lo abrazaba.

Unos instantes más tarde pasé la mano por el cuello y sentí la piel rugosa, cuando esperaba sentirla húmeda y sensible.

“¿Qué ha sucedido? ¿Por qué cicatrizó tan rápido?”

“Usa tu voz, Isa.” Respondió, sujetándome las manos.

—Disculpa, son demasiados años. ¿Qué sucedió?

Me deleitaba con el sonido de las palabras y la vibración de mis cuerdas vocales.

“Los patrones que agregué eliminaron el tatuaje. Aunque primero debías hablar para que se cancelara completamente el hechizo y cicatrizara.”

Durante un instante pensé en lo que había dolido y en el cómo él se habría sentido cuando sellaron todos sus tatuajes al mismo tiempo. Debió ser como si le quemaran con un hierro caliente. Argh, volvía a quedarme distraída y Karim me estaba mirando con preocupación.

“Este es el tatuaje para sellar el hechizo.” Dijo, tendiéndome una hoja.

El tatuaje era un triángulo encerrado dentro de un cuadrado relleno con una serie de letras que, aunque no comprendía, deduje que serían instrucciones.

—Es muy simple. Pensé que sería algo más complicado.

“Destruir es sencillo, crear es lo difícil. Es un principio básico del

universo.”

“Mañana cuando canceles mi hechizo comenzaremos a alterar los mensajes. Gracias a toda la información que hemos reunido tengo una idea de lo que hará mi tío y necesitamos crear problemas que lo hagan prescindir de sus magos. Así, no habrá suficientes como para rastrear el destino del portal a través del que escaparemos.”

—Entonces, creo que deberíamos apresurar nuestros planes. Si envía lejos al Guardián antes de que acabe la semana nos quedaremos atrapados.

“Esa es una posibilidad, por eso, mañana completarás mis tatuajes.”

Asentí decidida, luego escuché el lejano tintineo de mi campana. No sentir el tirón de la compulsión era extraño. Me levanté de la cama y me despedí con un beso.

“Pronto no habrá más campanas.” Dijo, mientras la de su habitación se sumaba al tañido.

—Pronto seremos libres —respondí y me fui tarareando una melodía de mi infancia que creía haber olvidado.

Capítulo 8

8

—¿Cómo te sientes, Isa? —preguntó Karim y me quedé embobada por el sonido de su voz, tal y como me sucedía desde que hubiera cancelado su tatuaje en la mañana. No era imponente ni demasiado aguda. Sino más bien melodiosa e incitante, pero, sobre todo, me gustaba el sonido que producía al decir mi nombre.

—¿Isa, te sientes mal? —ahí estaba otra vez, tan hermosa... La sacudida que me dio con el brazo me sacó del ensimismamiento.

—Oh, sí, estoy bien, solo algo distraída —respondí, segura de que me había sonrojado—. Tienes una voz increíblemente seductora.

Karim sonrió y las cicatrices de su cuello se arrugaron.

—Lo sé, más tarde te susurraré al oído, para que escuches lo seductor que puedo ser, pero ahora nos estamos quedando sin tiempo. Ya casi es medianoche.

Los tatuajes de sus manos y pies relucieron con un fulgor negro y las esferas que brotaron de sus manos llenaron la habitación. La luz amarilla de las velas fue devorada por la luz blanco-azulada de las luces convocadas.

—¿Sucedió algo, los bogumila adelantaron la fecha de la invasión? —sentí un estremecimiento recorrerme la espalda.

—No, ellos llegarán a tiempo, el problema es Ibdaler. En los mensajes que estaba cifrando para el general Híblar, que será el encargado de la defensa de Gabis, el lugar por donde creen que llegarán los bogumila, el emperador lo calmaba diciendo que pasado mañana en la tarde tendría allí al mago. Por eso debemos apresurarnos.

Karim fue al baño y trajo un cubo de agua con el que llenó el incinerador y se sentó en la cama.

—Entonces, ¿tenemos que escapar antes de pasado mañana? —pregunté, poniendo la tinta y la pluma en la silla que había al lado de la cama.

—Sí, es más pronto de lo que hubiera deseado, pero sin Ibdaler nos quedaremos atrapados. Quizás mi tío deje algún mago de menor rango a cargo de nosotros, pero no quiero arriesgarnos. Mañana difundiremos todas las órdenes falsas que podamos, crearemos un estado de rebelión

en el imperio y escaparemos.

Se dejó caer en la cama y se acomodó hasta dejar su rostro a la altura de mis manos. Me senté en la silla y sumergí la punta de la pluma en el agua hirviendo.

—Creo que tengo una buena noticia —dije, sacando la pluma del agua. La sacudí un par de veces y mojé la punta en tinta—. Hoy decodifiqué un mensaje de Kouri... donde transmitía el ultimátum de los bogumila...

Me temblaban las manos y había comenzado a sudar. A mi mente regresó el fracaso que había sido el primer intento de tatuarlo durante la mañana. La postilla marrón seguía allí, junto a las cicatrices del cuello. La piel y el papel son muy diferentes, y yo había usado demasiada fuerza...

—Tranquila, Isa, no volverá a pasar —tomó mis manos dentro de las suyas e intentó transmitirme la calma que había usado para detener la hemorragia—. Recuerda que en el segundo intento lo terminaste sin equivocarte. Ahora tampoco lo harás, confía en mí.

—Gracias —dije, y dejé escapar un suspiro.

Cerré los ojos y visualicé el patrón. El pensamiento de que podía haberlo hecho mejor surgió y lo aparté. Lo haría bien, conocía el patrón, mis dedos lo habían memorizado tras tantas repeticiones, solo debía recordar no presionar con tanta fuerza.

—Estoy lista.

Karim me soltó las manos y volví a mojar la punta de la pluma.

—Cuéntame lo que decía el ultimátum —relajó su rostro y sujeté con mis manos su frente. Hundí la punta de la pluma y con seis puntadas negras comencé el patrón. Volví a humedecer la pluma y repetí la operación.

—Decía que no castigarían al imperio siempre y cuando entregaran el artefacto y a quienes fueran capaces de usarlo. De lo contrario, lo tomarán por la fuerza —mi mano iba y venía, completando el contorno del símbolo ovalado que ocuparía su frente. Luego, comenzaría a esbozar la espiral que había en su interior y le agregaría unas letras estilizadas en los espacios intermedios de los brazos de la espiral—. El emperador tiene hasta que lleguen a Gabis para dar una respuesta.

—No responderá... confía demasiado en Mazdu y... en que los rumores sean exagerados —respondía en frases cortas, mientras yo mojaba la punta de la pluma. No parecía sentir el dolor de los pinchazos—... después

de todo... las historias de sus castigos se remontan... a setecientos años...

Humedecí un paño con el agua hirviendo que quedaba en el cubo de incineración y lo pasé por su frente para quitarle los rastros de sangre y tinta. Contemplé mi obra y no encontré ningún defecto visible.

Aunque, sabía que estos solo aparecerían cuando intentara canalizar la magia. Si había hecho un buen trabajo resplandecería, si no, en el mejor de los casos, la tinta herviría llevándose consigo la piel. Aparté mi mente de ese pensamiento.

Mis manos siguieron trabajando en el tatuaje y nuestra conversación se alargó. Las líneas bajaron por el lado izquierdo de su rostro: círculos, cuadrados y triángulos. Dentro de ellos tracé remolinos, letras estilizadas y otras formas geométricas a las que no podía poner nombre. Comencé a trabajar en su barbilla y nuestra conversación se convirtió en un monólogo: le hablé de mi vida anterior, de la escuela de escribanos y lo que recordaba de mi infancia en las calles.

No era tan interesante como su historia, pero su mirada atenta me animó a seguir hablando. Le hablé de las cosas que me gustaría ver: los reinos de los que me había hablado, las obras de teatro, las pinturas y las grandes ciudades del mundo. Terminé con su barbilla y subí por el lado derecho de su rostro.

Esta vez fue su momento de hablar, de que me volviera a describir aquellos sitios que había visitado. Todo resultaba tan distinto cuando lo escuchaba de su boca. Podía ver dentro de mi mente las imágenes que conjuraban sus palabras, demasiado vívidas, demasiado reales, tanto que creí poder olerlas. Moje la punta de la pluma y completé la última letra. Dejé la pluma a un lado y pasé el paño por el tatuaje terminado. Contemplé su rostro y este me pareció demasiado extraño, como la máscara de un ser de pesadillas.

—¿Estabas usando magia cuándo hablabas? —le pregunté, acostándome a su lado.

—Un poco, necesitabas relajarte —me abrazó y me acurruqué contra su pecho.

—Entonces, ¿las imágenes que vi dentro de mi mente eran reales?

—Eran mis recuerdos, y si me dejas puedo seguir hablándote hasta que te duermas. Te lo mereces, has hecho un buen trabajo.

—No lo sabes, todavía no has probado los tatuajes.

—Ahora lo hago —me apoyé en los codos y vi como los tatuajes de su rostro despedían un brillo oscuro. Una brisa repentina me despeinó y los tatuajes se apagaron—. Ningún problema, lo has hecho bien.

Me quedé mirando su rostro. A pesar de que lo había hecho bien, me sentía intranquila. Karim podía usar su voz, pero sentía que aun con todos los tatuajes que poseía, estos no serían suficientes para derrotar a un mago en pleno uso de su poder.

—No creo que puedas derrotar al Guardián —dije, dándole voz a mi incertidumbre.

—Lo haré —su rostro se mantuvo tranquilo, pero evitó que nuestras miradas se cruzaran—, más ahora que tengo tiempo para preparar algunas sorpresas.

Seguía sin confiar en sus palabras.

—Recuerdo que en las primeras cartas me dijiste que las personas normales podemos hacer que funcionen los hechizos.

—Sí —se apoyó en su codo y nuestros ojos quedaron al mismo nivel. Observó con detenimiento mi mirada y leyó mis intenciones. Bajo los tatuajes de su rostro noté una expresión de inseguridad—, pero te quemarán la piel cuando los uses. Quedarías como yo y no tiene por qué ser así, no cuando...

—No me importa, quiero que todo salga bien. Tatúame algunos hechizos útiles y enséñame a usarlos. Cogemos por sorpresa a Ibdaler y no tendremos problemas para escapar —le dije. No me importaban las quemaduras si ese era el precio para ser libre.

—¿Segura?

Asentí y él se levantó.

—¿Puedes tatuarme un hechizo para crear un portal? —pregunté, mientras él buscaba más agua y vertía su contenido en el incinerador.

—Sí, se puede hacer, aunque es un hechizo complejo. ¿Qué tienes en mente, Isa?

—Un plan de escape, por si las cosas salen mal y estás demasiado cansado para abrir un portal.

—Entonces, quítate la blusa y gírate —lo obedecí, sintiendo sus manos recorrer mi espalda—. Si comienzo ahora tendré tiempo para terminar

algunos antes de la madrugada.

Hundí mi rostro en la almohada y llegaron los pinchazos, esta vez, apenas sentí el dolor.

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Lo que sucedió con el imperio es algo que puedes leer en los libros de historia: los bogumila triunfaron en el asedio de Gabis y destruyeron el artefacto. Eliminaron a los magos que estaban dentro de la ciudad, aunque el emperador logró escapar. El Cónclave lanzó una ofensiva para ayudar a Kwar y la iglesia de la diosa Paciente declaró herejes al emperador y a su familia.

Los mensajes que habíamos alterado durante nuestro escape provocaron disturbios que desestabilizaron el imperio. El gobierno de los emperadores terminó durante aquel desastre. Los seguidores de la diosa se hicieron con el poder, varias provincias se rebelaron y la universidad mágica se convirtió en un estado independiente. Mientras que los miembros de la familia imperial supervivientes fueron atrapados y sacrificados en los altares de la diosa para traer la paz.

Habíamos provocado la caída del imperio y nadie nos buscaba, porque nadie sabía que éramos los culpables. Simplemente éramos Isa y Karim, una pareja de refugiados sarios que escapaban del colapso. La gente de las ciudades libres de Kiem no hacen demasiadas preguntas si respetas sus leyes y trabajas duro.

De cualquier manera, para no levantar sospechas, sellamos nuestros tatuajes y nos convertimos en una pareja de escribas que había sobrevivido al incendio y saqueo de su tienda. Yo había desaparecido cuando entré a la escuela de escribanos y Karim había muerto en la invasión a Kwar.

Han pasado catorce años desde que llegamos y pasamos de ser unos simples refugiados a tener una notaría especializada en cifrado y traducción. La magia en la voz de tu padre ayudó a eliminar las trabas que tuvimos cuando comenzamos a trabajar. Pero la reputación que tenemos la hemos construido con su habilidad con los idiomas y la mía con la criptografía.

Hasta ahora no había sentido necesidad de contar el cómo nos conocimos. Pero la vejez comienza a hacer de las tuyas y quiero escribirla mientras todavía recuerdo todos los detalles. Además, también es el comienzo de tu historia, Bismar, que ya estabas dentro de mi vientre cuando escapamos. Aunque, ahora que has sido admitido en la escuela de magos pronto dejarás de ser nuestro pequeño. Has heredado el talento de tu padre y hemos decidido que ese puede ser un buen futuro para ti, ya que

no deseas trabajar en la notaría.

Quizás haga que Karim agregue sus comentarios y corrija una que otra cosa que haya recordado mal. Pero, hasta entonces, Bismar, esta es la historia de tus padres y de cómo destruimos un imperio.

EL FIN